

COMO MATAR A UN IDEALISTA

The title is rendered in a bold, distressed, black-and-white font. The words are stacked: 'COMO' on the top line, 'MATAR' on the second line, 'A UN' on the third line, and 'IDEALISTA' on the fourth line. The letters have a rough, torn-edge appearance. Silhouettes of several figures are integrated into the top of the letters, appearing to be perched on or climbing them. One figure is on the 'O' of 'COMO', another on the 'A' of 'MATAR', and others are on the 'M', 'A', and 'R' of 'MATAR'. A small flag or banner is visible on the right side of the 'R'.

Alberto Burgos

2014



Editorial
Le'Burgué



Cómo matar a un idealista

Alberto Burgos

Editorial Le'Burgué

<http://leburgue.com>

1ª edición

ISBN: 978-1500640736

Editado por Alberto Burgos

alberto@leburgue.org

<http://leburgue.org>

<http://facebook.com/comomatarauidealista>

DEDICATORIA

*Alberto R., Eduardo O., Alejandro G., Cristina M. y
demás...*



PRÓLOGO

Esta obra está dividida en tres partes, cada una abarca un periodo de tiempo distinto en la vida del protagonista. La narrativa difiere en cada una de sus partes, pero se mantiene una linealidad temporal. “¡Escupe, pega y corre!”, periodo a los doce años de edad, narra distintos eventos en la selva de violencia y abuso que hay entre los compañeros y los efectos colaterales que eso conlleva, pretendiendo que la moraleja sea: la sociedad es una mierda.

La segunda parte “Sex, drugs & punk”, abarca la transición secundaria-bachiller, cinco años después. La trama se centra en dos escenarios elementales: la pandilla y la mujer, en aventuras contra el régimen cultural en la floreciente ciudad de Culiacán. Siempre bien acompañado de sexo, drogas y punk, el protagonista entra en una guerra contra todo y hasta consigo mismo; pretendiendo ser la moraleja: los ideales no valen nada.

La tercera parte, “Una mierda Nihilista”, ocurre tres años después. El protagonista ahora un dipsómano con fantasías bukowskianas “en un mar de ideas, pero sin ideales, con miles de razones pero sin ningún objetivo” buscando un motivo para vivir y explicarse por qué lo hace. La vida es una mierda.

A pesar de que las moralejas puedan sonar negativas, se entiende que hasta la mierda tiene nutrientes.

ÍNDICE

Parte 1 **¡Escupe, pega y corre!**

Capítulo 1 - Justicia de nadie	17
Capítulo 2 - He visto la luz	25
Capítulo 3 - Depredador	33
Capítulo 4 - Venganza y abuso	41
Capítulo 5 - Anarquía	53

Parte 2 **Sex, drugs & punk**

Capítulo 1 - Tacos con lodo	75
Capítulo 2 - Punk is dead	87
Capítulo 3 - Cuarto reich	101
Capítulo 4 - París arde	113
Capítulo 5 - Renace	125
Capítulo 6 - Ni lo intentes	139
Capítulo 7 - Soy un idiota	161
Capítulo 8 - Francia	179
Capítulo 9 - Iridio	201
Capítulo 10 - Au revoir	221

Parte 3

Una mierda nihilista

Capítulo 1 - Y nos dijeron	241
Capítulo 2 - Relaciones curiosas	253
Capítulo 3 - Historias	263
Capítulo 4 - Tijuana	275
Capítulo 5 - Odio a los poetas	287

PARTE 1

ESCUPE, PEGA Y CORRE



Oscuridad. Escalaba una montaña de cruenta piedra negra que se resquebrajada con rayos serpenteantes provenientes de un sombrío nubarrón que rodeaba como aureola el pico. Truenos. Miraba a todos lados, no sabía ni comprendía que hacía allí durante la tormenta.

Relámpagos, observé las faldas, una bestia me perseguía, era totalmente prieta y peluda con enormes cuernos, un sátiro, un demonio con un asqueroso bigote de oruga. Vientos. Escalé la montaña, subía y las aguas se acumulaban formando un arroyuelo que se oponía a mi escalinata, todo era resbaladizo, tanto que sentí que caería; mientras el demonio reía y me aruñaba los tobillos, estaba cerca...

Salté y corrí con más fuerza, alcancé a la cima y las nubes se desvanecieron bruscamente, una luz cegadora emergió del cielo y un hombre barbudo de cabellos blancos apareció.

El ente celestial se posó frente a mí, me miraba fijamente con un par de ojos rojos y una larga túnica blanca, despidiendo una suave neblina que le cubría los pies, me provocó una calma aterradora, un miedo tranquilizador. Sin aviso, realizó un ademán y el demonio cayó cuesta abajo, tornándose solamente en un hombre, tan mortal

como cualquier otro.

Se volvió hacia mí y expelió un potente halo de luz blanca: me desperté en el suelo, estaba al lado de la ventana y entraba un fresco aire veraniego. La televisión estaba encendida y en las noticias, Salinas de Gortari presentaba al *chupacabras*.

Al día siguiente le conté a mi madre mi sueño, y me llevó inmediatamente con el obispo de la parroquia *San Martín*. Mi madre creía que yo había sido contactado por Dios mismo; el sacerdote pensó que estaba poseído; mis compañeros de escuela pensaron que sería divertido golpear al niño demonio.

Yo era un buen niño, o como designaría después: un idiota; me había criado al ideal de mi madre, aunque de vez en cuando resaltaba los míos, yo quería ser policía, quería poner orden y justicia donde yo no la había tenido. Fui un buen idiota, todos los domingos ayudaba al sacerdote de la parroquia que estaba a la salida del bulevar, le decían "el padre *Jeringas*", por su devoción católica de rociar agua bendita con una jeringa.

Creo que fui un monaguillo, o algo así. Tenía la vaga y patética ilusión de probar la hostia y realizar la comunión, pues supuse sería el éxtasis máximo y ápice de mi vida. Era el primer y mejor idiota en la catequesis, me esforzaba por tener las mejores calificaciones y quería ser el primero en comulgar; tras mi epifanía religiosa mi madre había estado bastante atenta en mi desarrollo espiritual, tanto así que llegó a cruzarme de la iglesia católica a la cristiana un par de veces. Pero al final terminé en la católica, por cuestiones de mi padre, y por que quería probar el vino.

Nunca supe si realmente creí en Dios, mis motivos religiosos sólo eran esas metas que proponía la iglesia

como tal. Pero al término de mi comunión, después de ser el primero en la fila, de confesar mi pecaminosa vida, listada en una hoja de libreta, describiendo con remordimiento y terror, frases como: "golpeé a mi hermano", "le robé un dulce a mi madre del bolso" y "odio a la maestra Cándida", en la cúspide del altar probar aquel pedazo de pan seco que representaba la carne de Jesucristo, me di cuenta de que seguía siendo el mismo miserable de siempre.

Con el tiempo tampoco quise ser policía, pues mi padre decía que no eran más que ratas, y después lo descubriría. La iglesia fue durante un tiempo un refugio para mi bipolar realidad, pero dejó de serlo. Lo único que me mantuvo en contacto con la religión, era que todos los domingos visitábamos a los abuelos. Me gustaba ir allí, por que había gallinas y un guayabo. Alguna vez pensé en ser veterinario también, aunque nunca lo mentalicé demasiado.

Mi madre decía que debía querer a mis abuelos, porque nunca sabía bien cuando Él se los iba a llevar. A mí no me gustaba saludar a la gente, pero a ellos los tenía en una sección especial en mi repertorio de modales: "Por si acaso se llegan a morir".

CAPÍTULO 1

JUSTICIA DE NADIE

Años después

Era un cálido verano en la poco interesante ciudad de Culiacán, Sinaloa, en ese país de por aquel entonces, tercer mundo: México. Ya habíamos olvidado la conmoción del *efecto 2000* y ya no nos creíamos las del *chupacabras*. Yo era un miserable, un muchacho de doce años al comienzo de la vida, pero me sentía como al final.

No tenía muchos amigos, así era feliz; aunque a mi madre no le gustaba la idea. Siempre quiso que jugara con los carritos y al balón en la calle, que me desgarrara los codos y las rodillas; no comprendía cómo eso podría ser algo bueno. Yo quería derrotar a los *Zerg* con mi ejército de *Terrans* comandado por *Jim Raynors* o rescatar a la princesa que vivía en *Hyrule*.

Nunca me gustó mucho hablar con otras personas, pero eso no significaba que no tuviera nada que decir, era más de observar o dibujar. Por infortunio también lo notó mi madre, causa de que me pusieran en infinidad de cursos de aptitud artística, pintura especialmente, pero era demasiado perezoso para destacar cuando tenía que hacerlo.

Me llevaban constantemente a terapias con un neurólogo, hacían que me desvelara y al día siguiente me

recostaban en una cama verde pistache con luces blancas fluorescentes que deslumbraban mi vista con su fulgor, debe haber *fuego en el cielo* por que me untaban un gel extraño y frío, además de conectarme muchos cables en el cráneo. Decían que era raro, que era malo que no me gustara tener amigos, pero, ¿cómo tenerlos si todos son tontos y aburridos? Prefería jugar con mi tan querido fontanero bigotón, en mi 64 que conservaba desde el 98, o en mi SNES, al cual jugaba todas las noches en las que me tenía que desvelar, quizá fuera lo único bueno de esas noches.

Solían burlarse de mí porque le tenía miedo a los extraterrestres, más específicamente a los *grises*, pero los que lo hacían, seguramente nunca fueron puestos bajo una luz con cables en el cráneo. Supongo que por eso me gustaban demasiado los *X Files*.

De cualquier forma los médicos decían que no había nada con mi cerebro, no era un problema neurológico, no era autista y no había razón aparente para mi rechazo a la sociedad. Quizá se debiera a que esta no era como me plantearon que debía ser. Mi madre siempre me decía "no pelees", "sé un buen niño" y le obedecía. Pero aparentemente las otras madres, no les decían a los otros niños que tenían que hacerlo.

Constantemente recibía palizas de mis otros compañeros, y no me defendía porque mi madre me había indicado no pelear; por el contrario, me decía "dile a la maestra", pero lo que ella no me dijo era que vivíamos en México, y que desde tiempos inmemorables, desde el porfiriato a los salinazos, el que habla, la paga caro. Y así era, de imbécil inocente le contaba a la maestra y a la salida me iba peor.

Así fue durante cinco años en la primaria. Un niño al que apodé *Tamal*, solía esperarme para, según él, golpearme todos los días.

Cómo matar a un idealista

—Eh wey te voy a madrear -me decía siempre, cada vez que me veía con sus asquerosos ojillos prietos, faltos de inteligencia en su rostro ennegrecido por la mugre; se me acercaba y me empujaba con el pecho cual vulgar gallo de pelea.

—Déjame en paz gordo -le respondía, a la par que intentaba escapar, pues no sabía pelear, y tampoco me gustaba. Yo media menos de metro treinta, tenía anteojos, el cabello corto y peinado de lado; él media casi dos metros, a duras penas si se bañaba y se había criado en la calle; aunque tuviera la disposición o el valor, no tenía oportunidad. Por si fuera poco, siempre se metía el hermano de *Tamal*, aún más alto que él y a final de cuentas no podía huir hasta que el par de grandulones me dejaban en el piso cubierto de tierra y patadas.

—¡Y a la otra te va peor, wey!

Llegó el sexto grado y un nuevo alumno entró al curso: Era blanco y tenía pecas, el cabello largo y claro, todo lo opuesto a mis otros compañeros: morenos de pelo corto y sin gracia; pero resultó que el malnacido se adaptó mejor que yo con este grupo de primates, ¿por qué?

Al poco las cosas se calmaron, cuando el hermano mayor del *Tamal* partió a la secundaria, y sólo era él contra mí, aunque no era que yo me defendiera, sino que ya no le era tan divertido hacerlo solo.

Me tocó la mala suerte de ser uno de los seleccionados para llevar acabo los patrullajes escolares. Mi desgracia era tener la mala fama entre los maestros de ser el delator, costumbre que había perdido el año anterior por las constantes palizas a manos de *Tamal* y el resto de los compañeros, pero aun así me eligieron. Consistía en recorrer las periferias escolares en búsqueda de vendedores

ambulantes y acusarlos en la dirección. Esto a causa de que la tienda local no recababa ventas. Era ridículo, pero siempre nos pagaban con comida al final del recreo.

En la esquina sureste de la escuela siempre se ponía un ropavejero que venía cocos enmelados y juguetes chinos, a este nunca lo delataba porque me gustaban sus productos, pero en la esquina noreste se ponía una señora cuarentona pecosa que era la que dirigía la mafia de los productos ilícitos que entraban a la escuela. Papas con chamoy, paletas enchiladas y los llamados "diablitos". En la escuela sólo se vendía fruta y ridiculeces que ningún niño de seis a doce años consumiría.

Como un ente de, por aquel entonces, alta moral, me vi en la obligación de hacer cumplir las reglas de la escuela.

—Señora -le dije-, está prohibido vender chucherías en la escuela. ¡La acusaré con la directora!

—Anda a chingar a tu madre morrillo pendejo -dijo simplemente y siguió despachando. Tenía una mirada perversa en su rostro rechoncho retacado de pecas. Se me hizo fácil, con la autoridad otorgada, impartir justicia por mi propia cuenta. Le tumbé el puesto y salí corriendo a reportarla.

El recreo estaba por terminar ese día, de los tantos que había patrullado, y nuestra recompensa nos la daban diez minutos antes de que concluyera. Nos dejaban elegir lo que sea de la tienda, y regularmente pedíamos de los productos que incautábamos de los vendedores ilícitos. Esa ocasión fueron unos cacahuates con abundante chamoy.

Caminaba por la orilla del campo de juegos, que era un extenso pedazo de terracería en la que mis compañeros jugaban al fútbol, colocando cuatro piedras a modo de dos porterías; a mí no me gustaba, se me hacía ridículo y aburrido, no entendía qué tenía de divertido correr y sudar

tras una pelota. Más delante había unas resbaladillas, me subí a una de éstas para observarlos con mi bien ganado botín. Poco después la campana sonó, intenté bajarme para regresar a mi salón pero algo me golpeó en la cabeza y caí de frente hasta el suelo; todo me zumbó hasta que me di cuenta que había sido una piedra, me palpé y noté un líquido rojo espeso entre los dedos. Miré a todos lados, pero nadie parecía reír, o siquiera percatarse de lo que me sucedió, corrí a la dirección.

Para mi desgracia la directora me odiaba, y fue ella quien atendió mi herida, tomo un líquido que suponía efervescer al contacto con la sangre, y me lo puso: Nada. Me raspó con el dedo y probó la cosa rojiza, resulto que sólo era chamoy, me golpeó en la cabeza y me corrió a mi salón.

Después supe que la mujer pecosa de la tiendita ilegal, tenía tres hijos en la escuela, y uno de ellos me había tirado aquella piedra.

—¡Oye morro, si vuelves a molestar a mi amá te voy a rajar pendejo! -me dijo el mayor, acompañado de los otros dos con miradas hostiles en sus pequeños rostros redondos, pecosos y asquerosos con sus narices llenas de mocos.

—¡Fue la directora! -dije-, ella me lo pidió...

—¡Me vale verga morro! -los tres se me lanzaron encima, me tumbaron y patearon, y se fueron con una impunidad y tranquilidad como si solamente fueran pasando por allí, nadie dijo ni hizo nada.

Así funcionaba el narcotráfico desde temprana edad. Dejé los patrullajes, y mi madre pensó que sería buena idea meterme a karate, una porque estaba engordando, y dos, para que aprendiera a defenderme. Ah... contradictoria madre.

Sólo duré un par de semanas en el karate, no me gustaba, me cansaba demasiado y siempre llegaba tarde para ver *Dragon Ball*. Pero esos días en esas clases fueron suficientes para que todo mi grupo se enterara y me retaran a peleas, las cuales siempre perdía, no por que fueran de uno en uno, sino porque se me lanzaban todos en un solo ataque.

—¡Eh, allí viene el karateka! -gritaba uno y entre todos me embestían y dejaban tirado echo bola en el suelo entre tantas patadas.

Así era mí día a día casi siempre, hasta que al muchacho nuevo le pareció que sería gracioso golpearme también.

—Batillo -dijo Mijaíl-, te voy a rajar la madre wey -me dio un puñetazo en el hombro, y creyó que eso sería suficiente. Pero yo estaba cansado de ser el perdedor; de siempre terminar empolvado en el suelo, de obedecer a mi madre y que todo me saliera mal a causa de ello; los niños no deberían aprender tan luego, o quizá tan tarde, que la justicia no es más que una mentira.

Estaba frente a mí, mirándome con su extraño peinado de hongo, sus asquerosas pecas, su ridículo nombre y su patético pantalón bombacho. Era como treinta centímetros más alto y el golpe me comenzaba a doler, estaba a punto de llorar y correr, ¡pero yo estaba cansado de perder!; ¡el mundo no hacía la justicia!, ¡el mundo no tenía moral!, ¡el mundo no respetaba!, ¿¡por qué yo sí!?

Mijaíl me ataco pero yo me defendí, esta vez no lo permitiría, lo sujeté del cabello con una fuerza que nunca supe que tenía.

—¡Hijo de tu puta madre! -le grité; lo arrodillé de un tirón y le hundí un puño en la jeta; ¡nunca me había sentido tan bien!

—¡Ay wey, suéltame por favor! -chilló y le atrinqué otro,

uno más, ¡crac!, sonó su nariz, le salían mocos de sangre y comenzó a chillar. Todos estaban allí mirando, juzgando, y decidiendo que yo era el abusivo, se levantaron a defenderlo porque yo era un maldito aventajado que estaba golpeando al pobre y patético Mijail.

Nos intentaron separar, sin embargo no lo soltaba del cabello, estábamos enroscados en el suelo, pero no me vencerían, ¡estaba furioso!, lo golpeaba, le daba de puños y patadas: ¡la justicia funciona para todos menos para mí!

—¡Niños! -llegó la maestra, interrumpiendo toda la conmoción-, ¿qué está pasando aquí?

Esa fue la primera vez que fui a la dirección siendo el agresor, la sangre no era mía y me sentí bien. Por suerte no le dijeron a mi madre, y desde aquel entonces se metieron menos conmigo, todos con excepción del *Tamal*, que era el más alto y gordo de la clase.

La primaria terminó, y aprendí cosas que mis compañeros no comprenderían hasta que entraran al mundo laboral, les llevaba cierta ventaja. Me alegraba saber que ya no los volvería a ver.

CAPÍTULO 2

HE VISTO LA LUZ

Después de las vacaciones de verano

Para la secundaria ya no tenía fe en la humanidad, ni en la justicia, me sentía una persona apátrida y extrañaba los tiempos en los que el *chupacabras* entrara por la ventana fuera mi mayor preocupación, ahora sabía que todo era culpa de Gortari. Tanto que el país se fuera a la mierda, como lo del críptido ridículo. Traté de ser invisible. Quizá si no hablaba con nadie, si no interactuaba, nadie me diría nada ni me molestarían.

Pero *Tamal*, entró a la misma secundaria y al mismo salón, y para colmo su hermano un ciclo adelante. Al principio, cuando no conocíamos a nuestros compañeros, se me sentaba al lado. Noté que el idiota se sentía fuera de su zona de confort.

—Eh wey, pásate de verga y te voy a agarrar a putasos -me gruñía, pero no le respondía, trataba de ignorarlo, quizá así se fuera-. ¡No me ignores pendejo o te voy a agarrar a la salida!

No había más que hacer. Aquí todo era distinto, no era sólo un maestro, sino más de cuatro y algunos te daban varias materias. Pasó un mes y no tenía amigos, no los quería, no los necesitaba, desde el preescolar fui un solitario